

mucha razon lo llama luz el Carecismo, con todas las Divinas Escrituras. S. Pedro: *Qui de tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum.* S. Pablo: *Qui dignos vos fecit patris Sanctorum in lumine.* Y en otra parte: *E ravis enim aliquando tenebra: Nunc autem lux in Domino.* Itai. *Populus, qui habitabat in tenebris vidit lucem magnam.* Porque lo que es la luz en el mundo, eso es en el alma la Fé. ¿Qué es el mundo sin luz? Una confusion triste, una lobre-guéz embuelta, en que ni lo apacible se goza, ni lo agradable se vé, ni lo gustoso se conoce: lo mismo parece un jardin de flores, que un erizo de espinas. Entrad à obscuras en una sala, colgada à maravilla de las mas ricas tapicerías, espejos, laminas, alhajas de valor, menage de precio: pasad ahora à obscuras à un calabozo habitado de sapos, y sabandijas, cubierto de telarañas, y por alhajas cepos, cadenas, grillos: ¿qué os parece de lo uno, y de lo otro? Para mí (diréis) todo es uno; como entré à obscuras, ni sabré decir cuál es la sala, ni cuál es el calabozo; porque sin luz, todo ello es uno. Pues así à los ojos de Dios, las almas que no tienen la luz de la Fé, nada hay en ellas agradable, nada que tenga valor, nada que tenga precio. ¡Ah, soberana luz, cómo no te sabemos estimar! Lo segundo, es luz la Fé, porque así como perdidos à la media noche en una espesa selva, en una intrincada montaña, sin luz no podemos coger el camino para salir de perdidos: así como cuando se nos pierde de noche alguna cosa, sin luz no podemos hallarla, por mas que la busquemos: y así como sin luz no podemos gozar de esta vida lo mas gustoso de ella, lo mas amable: ¿cómo puede vivir (se lamentaba allí Tobías) el que no vé la luz del Cielo? Así sin la luz de la Fé, entre tinieblas de nuestra ignorancia perdidos; jamás hallaríamos el camino de nuestra eterna casa, que es el Cielo: jamás hallaríamos la inestimable joya, que se nos perdió desde Adán, que es la gracia, y jamás gozaríamos los deleytes de la mayor vida, que es la eterna. Lo tercero, es luz la Fé, porque así como nuestros ojos sin la luz no pueden descubrir, ni vér los objetos; así nuestro entendimiento sin la luz de la Fé, ni puede conocer à Dios, ni sus soberanos Mysterios.

San Severino, primer Apóstol de Noruega, predicando à aquellos Pueblos, se resistian tercios no pocos Idólatras, mezclados entre los que ya eran Christianos. Y para que se confirmasen los unos, y se reduxesen los otros; hacelos juntar à todos en la Iglesia; y que todos, así Christianos, como Idólatras, traxesen cada uno en la mano una vela apagada. Quando ya estuvieron juntos, y todos con sus velas apagadas, y sin luz en las manos, postrado ante el Altar el Santo Obispo: Oh, Señor; (dixo) y Dios verdadero, dignate ahora de mostrarles à estos la luz de tu conocimiento, y muestrales cómo se distinguen los que te adoran à tí verdadero Dios, de los que malogran sus cultos en los falsos Idolos. Al punto que dixo esto, todas las velas, que tenían en las manos los Christianos quedaron encendidas, sin vér, ni sa-

ber por donde les vino la llama; y fofas apagadas, y sin luz las de los Idólatras. Prodigio que bastó à que todos ellos abrazasen al punto la luz de la Fé. (Baron. ann. 473.) ¡Ah, Catholicos! Una antorcha encendida nos ponen en el Bautismo en la mano; que es la señal de nuestra Fé. Otra vela encendida nos ponen en las manos al punto amargo de espirar. ¡Oh, qué dos luces! Una al nacer, otra al morir. Con aquella luz en el Bautismo nos muestra la Fé patentes todos los thesoros de Dios. Vemos con ella prevenida su gracia, y vemos franqueados sus Sacramentos: vemos los caminos de nuestro remedio, y vemos abiertas las puertas de la Gloria. Y con la vela al punto del morir, ¿qué hemos de vér? Veremos malogradas tantas luces. Veremos perdido tanto conocimiento. Veremos despreciados tantos auxilios, perdidos tantos medios, y sacrilegos tantos Sacramentos. Veremos en medio de tanta luz tantas caídas, tantas ceguedades, y tantas culpas. Veremos cerradas por nuestra culpa las puertas del Cielo, y abiertas las del Infierno. ¡Oh, no lo quiera Dios! Pues para que no sea, cotejada esta luz con aquella luz, que toda es una misma luz de la Fé.

Pero aquí me opondrán una grave dificultad: ¿Padre, si la Fé es luz, cómo es obscura? Si es luz, cómo es esa luz para no vér? Así añade el Catecismo: *Es una luz sobrenatural, con que sin vér creemos.* ¿Pues luz para no vér? Luz, y obscuridad son dos cosas contrarias; ¿pues cómo pueden estar en la Fé juntas? ¡Gran dificultad! pero aguarden. Sucede venir un Navio à todo trapo, ansioso por ganar ese Puerto de la Vera-Cruz; pero corriendo mas que él el dia, corriendo sus tinieblas la noche, le quita de los ojos el Puerto, y lo llena de peligros, si se arroja, de hallar en el Puerto el naufragio. ¿Pues qué hacen? Quién no lo sabe? Echan farol, y descubriendolo acá desde el Castillo, correspondiente al punto con otra hermosa llamarada, que en sus lenguas de luz les dice: Aquí está el Puerto. ¡Oh, cómo luego aquellos fixan la vista en esta llama, cómo la atienden en sus pasos, cómo la observan en sus movimientos, sin permitir que el favio dé paso, que no sea encaminado hácia à aquel Farol! como les vá en eso la hacienda, la vida, el ganar el Puerto, y el llegar al tan deseado salvamento. Y así lo consiguen. Pregunto ahora: ¿Hay luz allí? Sí, y muy clara. ¿Hay tambien obscuridad? Como de media noche. ¿Vén aquellos el Puerto? No lo vén, que está obscuro. ¿Saben que está allí el Puerto? Sí, que eso está claro. Pues no me pregunten mas: esa es nuestra Fé; y agradezcan la comparacion, si es buena, al primer Maestro de nuestra Fé, mi Padre S. Pedro: (S. P. Ep. 2. c. 1. v. 19.) *Cui benefactis attendentes quasi lucerna lucenti in caliginoso loto, donec dies eluceat.* Navegamos, Fieles, el peligroso mar de esta vida en la tupida noche de nuestra ignorancia; pero en ella la luz de la Fé nos guia, la luz de la Fé nos muestra dónde está el Puerto, dónde la seguridad, y dónde el salvamento. No

vemos ahora lo que esta soberana luz nos muestra; esto es ser obscura la Fé; pero sabemos bien, que allí está todo lo que nos dice: esto es ser clara esta luz. Mas si de ella apartamos los ojos, ¿dónde van nuestros pasos? A los escollos de las culpas, y à naufragar en una condenacion eterna.

Yá, pues, este fanál luciente de nuestra Fé, pienso que nos lo quiso Dios dár à estimar con un prodigio tan estupendo, que antes de contarlo, asiento que ha estado à la pública vista de todo el numeroso Reyno de Flandes, y fuera de referirlo muy graves Autores, que cita nuestro Engelgrave (*Celesti Pant. in fest. Pur. s. 2.*) afirma, que le aprobaron dos Sumos Pontifices, Sixto IV. y Clemente VIII. Yá, pues, en Arras, Ciudad populosa, y una de las mas célebres de Flandes, se emprendió una funestísima peste, de que morian innumerables, y quando en la tierra no se hallaba al mal algun remedio, lo huvo de traer del Cielo: ¿quién, sino la que es el refugio de los afligidos, y la que es la salud de los enfermos, María Santísima? Apareció la Señora en una misma noche en distintos lugares à dos mancebos, que con públicas enemidades entre sí tenían llena la República toda de sus escándalos, y dixoles à cada uno, que de su parte fuesen à Lamberto, Obispo de aquella Ciudad, y le dixesen, que para el siguiente Sabado en la noche la aguardáse en la Iglesia, prevenida una grande vasija de agua, porque en ella le queria dar el universal remedio para la peste, que tanto los affigia. Fue cada uno de aquellos con su embaxada, halláse juntos delante del Obispo, que conoció al punto la causa de haverlos à ellos escogido la Señora, para que haciéndose amigos, se quitara primero de la Ciudad su escándalo, si havia de tener la Ciudad remedio: que males públicos, de ordinario los envia Dios por los escándalos. ¡Ah, México! Hizolos allí amigos el Obispo, y juntos aguardaron à la Señora la noche del siguiente Sabado; quando à la media noche, lleno de resplandor todo el Templo, apareció con increíble hermosura la Reyna de ella, y de los Angeles. Traía en la mano una hacha encendida, y diciendole al Obispo, que bendixese el agua, volviendo la Señora la hacha, derramó en aquella agua algunas gotas de cera, y dixo: que diesen aquella agua à los enfermos; y poniendo la hacha ardiendo en el Altar, desapareció la Señora. Fueron luego bebiendo de aquella agua, y sanaron todos los enfermos, y acabóse la peste. Pero yo aún no he empezado lo mayor del prodigio.

Puso la Señora aquella hacha ardiendo en el Altar el año de mil ciento y cinco. No huvo quien se atreviese à apagarla, con el debido respeto à la mano que la puso. Pasóse un dia, y otro, y la hacha allí se estaba ardiendo: fueron pasando semanas, y no solo profeguía en sus ardores, sino que observaron, que ni se havia minorado, ni gastado un punto. Entonces yá reconociendo allí superior llama, hicieronle una caña de plata, que la ciñe. ¿Y cuánto les parece que ha durado? De lo presente

no sabemos; pero quando el Autor escribe este prodigio, afirma, que aún duraba todavia ardiendo, y se contaban yá quinientos y setenta y tantos años sin cesar de dia, y de noche estaba ardiendo, no solo sin consumirse, sino aun sin baxar la llama ni un dedo de donde la caña de plata la cerca. De lo que derrite se han hecho otros muchos cirios. Se guarda en la Iglesia de Arras una grande bola de cera; y el hacha allí se está en sus luces, y en sus ardores. ¡Oh, Fé Cathólica, y qué argumentos tan claros tienen tus vanidades! Y como sirve aquella luz material, para que mejor veamos la soberana luz, con que nos muestras lo divino, lo indeficiente, y lo eterno. Así, Fieles, sigan esta luz nuestras obras; así logremos con el ajuste de nuestras vida el resplandor de su verdad, para que la que ahora es luz de Fé, pase, despues de esta vida, à sernos en el Cielo lumbre indeficiente de Gloria.

PLATICA XV.

QUE SIENDO CIEGA NUESTRA Fé, debemos creer en sus Mysterios, sin atender à nuestra vana curiosidad.

A 26. de Julio de 1690.

NO fuera nuestra Fé tan admirable, tan sobrenatural, y tan prodigiosa, si nuestros ojos pudieran dár razon de sus luces, si nuestras palabras pudieran explicar sus secretos, y si nuestros entendimientos pudieran penetrar sus mysterios. Mas puede Dios hacer, que quanto puede entender el hombre, dice Agustino. Mas para que de algun modo hagamos concepto de lo que la Fé nos dice, pase cada uno por la consideracion este suceso. Una miserable muger, ò fuese à merecida pena de sus delitos, ò à desfavores fuese de su desgracia, estando preñada fue puesta, mejor diré, enterrada en un hondo, y tan obscuro calabozo debaxo de tierra, que sin amanecerle allí jamás el dia, la escasa luz de un candil era la que latiendo à pausas, le acordaba solo que estaba viva. Llegóse el tiempo, y dió, iba à decir à luz, mas no la dió sino à tinieblas, una tan desdichada criatura, que aun desde el vientre yá se le perpetuó la carcel: allí fue creciendo, mas que en la edad, en la desdicha, porque se iba llegando à conocerla. Alumbróle al fin la luz de la razon entre aquellas tinieblas, y vióse entonces sin gozar mas espacio su vida, que quatro cavados respaldos; pero à la madre yá le era algun consuelo su compañía, y algun alivio su conversacion. Mira, hijo, le decia, aqui sobre nosotros está un mundo, ¡qué hermoso! Si lo vieras, yo no sabré explicartelo, porque ni tú me has de en-

tender, como no lo has visto, ni te has de hacer capaz, por mas que yo te diga; pero quizá algo alcanzarás, si te lo explico por esta nuestra presente desdicha. Vés esta agua, que aquí nos dan tan escasa, tan turbia, y tan medida, pues si la vieras allá, como corre en los rios, como nace en las fuentes, y como à tiempos llueve del Cielo! Vés esta luz de este candil, ¿no es hermosa? Pues si vieras al Sol! (aquí, aquí me faltan las palabras) cómo lo entenderías! Mira, junta en tu pensamiento mil veces esta luz, no llega: vuelve à poner otras mil, no alcanza: juntales otras tantas, aun no se le parecen; y él sólo apagará todas esas, de modo, que en su presencia no lucen: él sólo corre por el Cielo, y vés como este candil llena este espacio tan corto de luz, así él, pero con mucha mas claridad, vá llenando unos espacios tan grandes, tan dilatados, que yo no tengo palabras con que explicartelos.

Yá juzgo, que cada uno de mis oyentes se habrá puesto con la consideracion en el estado de aquel mancebo allí nacido, allí criado, sin haver en toda su vida visto mas que aquel estrecho calabozo, patria de su desdicha. ¿Qué estaría él, y qué estaría cualquiera de nosotros, oyendo esto, si jamás lo hubieramos visto? ¿Qué concepto haría de esta grandeza? Si lo creeria? Harto necio fuera, si no lo creyera, dice aquí San Gregorio el Grande (Greg. M. ap. Guill. Peral. *Sum. Vir. t. I. tr. de Fid. c. I.*) *Stultus puer si matrem ideo existimat de luce mentiri, quia ipse nihil aliud quam tenebras carceris novit.* Pero cómo le servirian de consuelo estos pensamientos entre aquella su miserable desdicha! ¿Si alguna vez llegaré yo à vér esto que mi madre me dice? Y si por vér aquel su candil, aunque le ofrecieran libremente subir à vér el Sol, él no quisiera, ¿qué dixeramos? Ah, Fieles! Pues lo que à aquel en el calabozo le decia de este mundo su madre, mucho mejor à nosotros en el calabozo de este mundo nos lo dice del Cielo, de la Gloria, de la Eternidad, y de Dios, nuestra Madre la Iglesia, con las noticias que nos dá por la Fé.

Esta es (dice el Catecismo) la luz, con que sin vér creemos. ¿Sin vér? Pues qué busca tu curiosidad, alma? Tu corto entendimiento, qué averigua? Si no entiendes, si no sabes, cómo una hormiga en un cuerpo tan pequeño tiene todas las operaciones de la vida: si no entiendes, cómo una abeja de las flores labra una miel tan dulce, ¿cómo te atreves à querer averiguar, cómo será el sér indeficiente de Dios? ¿Cómo es uno en la Esencia, y tres en las Personas? ¿Cómo quieres alcanzar las obras de Dios, si no sabes cómo hacen sus obras unos animales tan pequeños como las abejas? Si aun lo mismo que tienes en las manos no lo entiendes, ¿cómo quieres averiguar lo que pasa allá sobre los Cielos? Dime, ¿cómo es tu alma? Toda en la cabeza, en los pies toda, que yá con el entendimiento discurre, yá con la voluntad ama, yá con la memoria se acuerda, que yá en el sueño toda ella parece que se esconde, todo

el entendimiento pára furto, toda la voluntad se suspende. ¿Cómo es esto? No lo sé. Pues si de tu misma alma, que tienes dentro de tí, no sabes dar razon, ¿cómo te atreves à querer averiguar lo que pasa allá dentro de Dios, y sus soberanos mysterios? Llevaba un Filósofo no sé qué, muy tapado debaxo de la capa; encuentrale un mancebo, y preguntale curioso: ¿Qué llevas ahí? Y respondele pronto: Por eso vá tapado, porque tú no lo veas, que si quisiera que tú lo supieras, con llevarlo descubierta, no aguardará à que me preguntaras: *Ideocelatum, ne tu videas.* ¿Pues quién te meto, hombre, quién te mete, muger, en querer averiguar lo que Dios quiere que tú no veas? ¿Quién te mete en escudriñar lo que Dios quiere que esté escondido? Oyentes míos, en las materias de la Fé, cerrar los ojos, baxar la cabeza, y sujetar el entendimiento à lo que Dios nos dice, y callar: que los que por despuntar de agudos se meten en las conversaciones à Theólogos, están en un gravísimo peligro. La mariposa, que no contenta con vér la luz, se mete à averiguar la llama, allí paga su atrevimiento quemadas las alas. Luz es nuestra Fé, y tambien es lumbre. Bastenos creer con su luz lo que no vemos; no por quererlo vér con nuestro corto entendimiento, nos metamos en su fuego. *Sin vér, sin vér creemos*; ese es el merito de nuestra Religion, y ese es el vér ciego de nuestra Fé. ¿Vés, ciego? Si; mireno en un estupendo prodigio.

Sucedió en la China el año de 1607. (Rayn. tom. 9. fol. 276. num. 60.) Uno de aquellos, persuadido à las verdades Catholicas, que allí predicaban los de la Compania, pidió el Bautismo; pero luego haciendole fuerza, cómo podia vér con la Fé lo que no veía con los ojos, se retiró, y no quiso recibirlo. Al punto se halló ciego de un modo admirable; porque en levantando los ojos veía claramente el Cielo: pero en baxandolos, nada, nada veía de todo el mundo. Alzaba los ojos, yá veo; baxaba, yá no veo. ¿Qué es esto? Pide el Bautismo, y al punto que lo pidió, hállase del todo sano: vuelve à arrepentirse, y vuelve otra vez à hallarse como antes, ciego para el mundo, y con vista para el Cielo. Esto bastó para que luego, yá sin arrepentirse, se hiciera Christiano. ¡Ah, Fieles! La vista de la Fé toda hácia el Cielo, no la hemos de querer medir con la vista de las cosas rateras, y viles de el mundo. Fixar, fixar toda la atencion en la Fé, y luego razones, argumentos, discursos, curiosidades no sirven, porque no alcanzan: Dios es quien lo dice, no es menester mas.

Por eso añade el Catecismo: *Con que sin vér creemos lo que Dios dice.* ¡Oh, qué fundamento! Oh, qué vasa, que es tan firme como el mismo Dios nuestra Fé! Es tan segura su verdad, que Dios dexaría de ser Dios, si ella faltára; de modo, que lo que Dios dice, eso es lo que por nuestra Fé creemos, y lo creemos porque Dios lo dice. Acá entre los hombres creemos lo que al-

alguno no dice; lo primero, porque estamos persuadidos, que él está bien informado, y que así no se engaña; y lo segundo, porque le tenemos por hombre de bien; y así creemos, que no nos querrá engañar; pero no hay que replicar eso à un *yo lo ví* de un hombre de bien. ¿Pues qué diremos à una Sabiduría infinita, que nada se le esconde, y à una Bondad inmensa, que ni la mas leve mancha admite? Que si fuera capaz nuestro entendimiento de una Fé infinita, toda esa la debíamos à Dios, para que fuese digna correspondencia à lo infinito de su verdad: *Credulitas digna Deo*, que dixo San Agustín. La verdad, por una de dos falta; ò porque se engaña el que lo dice, ò porque quiere engañar à aquél à quien lo dice: Dios, ni se puede engañar, porque es infinitamente Sábio; ni puede engañar, porque es infinitamente Bueno: síguese, que las verdades que Dios nos dice, son tan firmes, tan del todo infalibles, tan eternas, que primero dexaría Dios de ser Dios, que las verdades de nuestra Fé dexarán de ser verdades.

Yá, pues, el *por qué* de la Fé, que es el que allá en las Escuelas llaman objeto formal, es la verdad de Dios; por eso dice el Catecismo: *¿Qué nos enseña la Fé?* R. *Que creamos en Dios como en infalible verdad.* De modo, que si te preguntan, por qué crees los Mysterios de la Fé, no has de dar razon: Los creo, porque nací en el gremio de la Iglesia; porque me he criado con esta leche, y esta doctrina; porque veo, que todos lo creen; porque así me lo persuaden, y me lo predicán; porque si no lo creo, me castigarán; no: todas esas no son razones, ni son motivos que sirven à la Fé. ¿Pues qué he de responder? *Creo, porque Dios lo dice, y no mas.* *¿Por qué crees, que Dios es uno solo en la esencia, y trino en las personas?* Lo creo, porque lo dice Dios. *¿Por qué crees, que la segunda Persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre, siendo juntamente Dios, y que padeció, y murió por nosotros?* Lo creo, porque lo dice Dios. Y esta es la unica, è infinita razon de toda nuestra Fé: *Porque lo dice Dios, que es verdad infalible.* Por eso, pues, siendo tantos, y tan diversos los Mysterios, que creemos, con todo eso, la Fé es una sola. (*Ad Ephe. c. 4.*) *Unus Deus, una Fides, unum Baptisma*, dice San Pablo; porque ahora sea este Mysterio, ahora aquel, ahora de las cosas Divinas, ahora de cosas criadas, como todo lo creemos, solo porque lo dice nuestro Dios: nuestra Fé es una sola, aunque sea de cosas contrarias: pongo por exemplo. Creo, que hay un Infierno eterno para los malos, y creo que hay una Gloria eterna para los buenos; y uno, y otro, Infierno, y Gloria, lo creo, porque lo dice Dios. Hé aquí una sola razon para creer dos cosas contrarias. Pues por eso es una sola Fé: *Una Fides*; y por eso el que dexa de creer un solo artículo de la Fé, pierde toda la Fé, y es Herege; porque si todos los Mysterios de la Fé es Dios quien los dice, el que dexa de creer uno solo, en eso solo dexa de creer lo que Dios dice, y pierde

sin duda la Fé: Como la cytara no está templada, si una sola cuerda disuena, porque la harmonía que es una sola, de todas las cuerdas juntas, y templadas à una orden se compone.

Yá, Padre; pero si à mí nunca Dios se me ha aparecido; si ni me ha dicho, ni me ha revelado los Mysterios de la Fé, ¿cómo sabré, que Dios es el que lo dice, para creer sus Mysterios? Esa misma pregunta yá la previno en otra parte el Catecismo: *¿De dónde sabeis vos haverlas dicho Dios?* Y responde: *De nuestra Madre la Santa Iglesia, regida por el Espiritu Santo.* Por eso tambien aquí añade: *Con que sin vér creemos lo que Dios dice, y la Iglesia nos propone.* Quién no vé las ansias, con que afida à la madre una criatura busca inquieta el pecho, y quando antes llorosa, al punto que le dán el pecho sosegada, cerradillos los ojos mama, que segura, sin vér lo que mama, sin saber, ni de qué color es la leche, sin averiguar si chupará veneno por sustento! ¿Qué quieren (nos dixerá, si supiera hablar, si supiera entender) que quieren? Si es mi madre, en cuyas entrañas recibí la vida, cómo me havia de dar por los pechos el veneno? Si me ha dado el sér en el vientre, cómo en sus pechos me havia de dar la muerte? Ah, pues, Catholicos, nos dice mi Padre S. Pedro, como infantiles tiernos en la inocencia, sin mas averiguar, hemos de recibir de los pechos de nuestra mejor Madre la Iglesia la mas pura leche de su Doctrina: *Quasi modo geniti infantes rationabile sine dolo lac concupiscite.* Lo mismo que la madre come, eso mismo come la criatura, dice S. Agustín, mas como la criatura tierna no puede mascar el manjar, la madre lo masca, lo digiere, se lo suaviza, para darselo à la criatura en proporcionado alimento; así, pues, como Madre, la Iglesia junta todas las verdades, que esparcidas reveló Dios en todas sus Divinas Escrituras, las Tradiciones, que recibidas de la misma fuente de la verdad nuestra Vida Christo, nos enseñaron los Apostoles, las Definiciones, y Cánones, que en diez y ocho Generales Concilios han establecido juntos los mas santos, mas doctos, y mas insignes hombres, que ha tenido el mundo. Y de todo este sustento de verdades, Dios por la boca de su vilible Cabeza, que es el Supremo Pontífice Romano, nos derrama à todos nosotros en la dulce leche de la Fé todo el sustento de la mejor vida. Así que con infinita mas seguridad, y certeza creemos, que son verdades de Dios todas las que cree nuestra Fé, porque nos las propone la Iglesia, que no si à tí, y à mí en particular nos las dixerá, y nos las revelará Dios; porque en esta revelacion particular podíamos, y debíamos temer el peligro de que nos engañara el demonio transfigurado en Angel de luz, como tantas veces lo ha hecho con algunas almas novelleras, y amigas de revelaciones: Pero en lo que la Iglesia nos propone, es imposible que haya, ni el mas leve engaño; porque asistida siempre del Espiritu Santo, ni podrá faltar su Fé, que es empeño de Jesu Christo: *Ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua*; ni podrán jamás los errores de

de la heregía, que son las puertas del Infierno, prevalecer contra sus verdades. Y como hasta aquí por mil seiscientos noventa años, à pesar de tantas heregías, à pesar de tantas persecuciones, tan fieras, tan sangrientas, tan terribles, se ha conservado siempre pura; así dura siempre firme, y segura regla de las Verdades Cathólicas, hasta el fin de los siglos.

Prodigioso es à este proposito el suceso, que refiere Vincencio Belvacense. (Vinc. Belv. *Spec. Hist. c.* 17.) En la terrible persecucion de Galerio, enemigo cruel del nombre Christiano, Asclepiades, Ministro suyo, y del demonio, adelantado por el oficio, por la tyranía, y crueldad mas adelantado, affligia à los Christianos con terribles, y estupendos tormentos. Entre estos un Santo Martyr, llamado Romano, quando entre los garfios, escorpiones, y garruchas despedazadas sus carnes, entonces mas firme en el espiritu, mas constante en la Fé, tan leños estaba de negarla por los tormentos, que antes à todo esfuerzo procuraba reducir al miserable Juez al conocimiento, y luz de sus verdades; y por eso, olvidado de sus dolores, y penas, vuelto à Asclepiades: Mira, Juez, le dice, si à mí no me quieres dar credito en la verdad de la Fé que te propongo, preguntale à aquel niño tan inocente, y de su boca (que todavia, como ni sabe hablar, no sabe mentir) oirás la misma verdad, que yo te predico. Apuntabale, diciendo esto à un niño de pocos meses, que asido à los pechos de una madre Christiana, estaba allí entre los demás del concurso. Apenas acabó de hablar el Santo Martyr, quando el tierno infante, que todo havia estado embebido en el pecho, dexalo al punto, vuelve la carita à mirar el cruel tyrano, y en alta, y clara voz, que oyeron todos, alza el grito, y dice: *Jesu Christo es el Dios verdadero*. Enmudeció suspensa la admiración al concurso. Pero el sacrilego tyrano, aun más colérico, vuelve con un semblante muy indignado à la criatura: *¿Pues quién te ha dicho à tí esto?* Y con mil gracias el infante tierno: *À mí*, le respondió, *à mí me lo ha dicho mi madre, y à mi madre se lo dixo Dios. Mibi mater, & matri Deus*. Alzó la multitud el aplauso, dexando corrido, y avergonzado al Juez un tierno niño. *¿Qué linda respuesta, Fieles!* no solo para confesar nuestra Fé, sin meternos en curiosas disputas, sino para darle un tapaboca al demonio, quando nos viene en esta materia con peligrosas tentaciones, y dudas: *¿Quién te ha dicho que te espéra despues de esta vida un Infierno eterno, si mueres en pecado mortal?* *¿Quién te ha dicho que hay Gloria eterna para premiar las buenas obras?* *¿Quién te ha dicho que está en los Sacramentos todo el remedio de tus pecados?* *¿Quién me lo ha dicho?* *Me lo ha dicho mi madre, que es la Iglesia, y à mi madre se lo ha dicho Dios*. Oh, Madre amorosísima, Iglesia Santa, mil veces dichosos nosotros, que en tu Gremio Santísimo nacimos, que alimentados à la leche purísima de tu doctrina nacimos! Oh! y en tu Gremio piadosísimo despedamos el ultimo es-

piritu, logrando tus verdades, siguiendo tus consejos, executando tus avisos, para que si ahora con tus armas en esta vida militamos, despues en el Cielo triunfemos con palmas inmarcesibles de Gloria.

PLATICA XVI.

DE LA INFALIBLE CERTIDUMBRE de nuestra Fé, y exteriores argumentos, que la confirman.

A 31. de Julio, dia de nuestro Padre San Ignacio, año de 1690.

Coronamos hoy la explicacion de la Fé, no solo porque acabamos de explicarla, que eso se llama coronar una obra en nuestra lengua; sino porque la acabamos en el dia de aquel, que à la Fé le ganó tantos triunfos, que le puso tantas inmarcesibles coronas à la Cathólica Religion. Y si es bien corta la paga correspondier solo con una memoria agradecida à beneficios imponderables de grandes, no digo ahora quanto à mi glorioso Padre San Ignacio debe de beneficios la Iglesia toda, porque ni es hoy de mi profesion celebrarlos en panegyrico, ni de mi lengua será nunca alcanzar à la ponderacion de tan innumerables deudas: solo digo, que à San Ignacio debe la Iglesia Santa, debe el mundo, y las almas deben el Catecismo, y explicacion de la Doctrina Christiana, y con tanto cuidado de Ignacio, que al cuidado de este santo ministerio quiso que nos obligáramos los de su Compañia con un especial voto. Tal provecho de las almas reconoció en la explicacion de la Doctrina Christiana, que olvidada yá por muchos siglos, mostraba bien lo perdido de las costumbres, quantos eran los lastimosos daños de su ignorancia, como despues han experimentado en indecibles lógos las almas, quantos son los provechos de esta Doctrina. Y si à S. Ignacio debemos el Catecismo, razon será, que tanta deuda se la paguemos hoy, siquiera con una agradecida memoria.

A Demetrio, porque con los aciertos de su gobierno les adelantó su República, no hallaron otra recompensa con que pagarle los Athenienses, sino con erigirle otras tantas estatuas de bronce en Athénas, como tiene el año dias. Con trescientas y sesenta y cinco estatuas, llenandole el año sus números, aun no les pareció que cumplieran à la debida recompensa sus deudas: no se contentaron con que en una estatua sola lo halláse siempre el tiempo permanente en la duracion; quisieron, que cada dia en nueva estatua lo fuese hallado nuevo en la memoria. Y por eso, para eternizarlo, à pesar de los tiempos, le fueron inventando estatuas à par de los dias. Oh, Ignacio, Santísimo Padre mio! *¿Quantas estatuas gloriosas*

te pudiera erigir la Fé, por lo que tan gloriosamente la defendió tu constancia; por lo que la ha estendido por todo el Orbe tu zelo, y por lo que tu fervor le ha adquirido de almas innumerables? *Quantos padrones eternos pudiera levantarte la Iglesia por lo que promovistes de sagrado esplendor à su culto, de aseado aliño à sus Altares, de continuacion provechosa à sus Sermones, y de saludable frecuencia à sus Sacramentos?* *Quantos trofeos gloriosos te pudiera fixar toda la Christiana República en sus edades todas, que à todas sirves, en todos sus estados, que à todos aprovechas, y en todas sus mejoradas costumbres, que todas las abrazó tu caridad, tu fervor, y tu zelo?* Pocos eran, y muy pocos, los dias del año para contar tus padrones gloriosos: havriamos de numerar el agradecimiento acá por el numero de los instantes, que corresponden à tus Apostólicos ministerios; pero basta que allá en el Cielo se cuentan por las eternidades, que llenan tus glorias de triunfos. Y si mas no alcanza nuestro agradecimiento, ministre hoy la materia à tus glorias el Catecismo, y serás hoy el exemplar de la Doctrina, de que tantas veces fuistes entre los niños el Maestro.

Yá, pues, lo mas realzado, lo mas supremo de la Fé, no está solo en que sin vér creamos, saltanos todavia otro grado mas que subir, para que sea del todo cabal, y perfecta nuestra Fé. *¿Otro grado mas?* Pues qué mas hay que hacer, que cerrar los ojos, y sujetar nuestro entendimiento à creer todo aquello que Dios nos dice? Yo lo diré: *Lo que hay mas es, que no solo hemos de cerrar los ojos para no querer vér con ellos los secretos, y escondidos Mysterios de nuestra Fé, sino que no viendolos, los hemos de creer mas firmes, mas ciertos, y mas seguros, que si los viesemos. Eso nos enseña la pregunta que se sigue en el Catecismo: ¿Veis vos que sea Dios Trino, y Uno, & como es Jesu-Christo Dios, y Hembra? R. No; mas creolo mas que si lo viese.* *¿Mas que si lo viese?* Como puede ser, Padre? Que no tenemos otro modo con que explicar una verdad, en que no tenemos ninguna duda, sino con decir: *Yo lo ví, yo lo ví;* esa es toda la seguridad, y esa toda la certidumbre con que creemos una verdad. *¿Doy fé,* dice el Escribano, quando dá un testimonio de lo que vió, y esa es toda la fé humana. *Lo sé con evidencia;* esa es toda la ponderacion de la certidumbre. Pues digo, que toda esa seguridad, esa certidumbre, y esa evidencia es toda muy poca, muy fallible, y muy poco segura; respecto de la Fé Divina, y sobrenatural, que profesamos. Y así, hemos de creer sus Soberanos Mysterios, y verdades, mas; mas que si la viesemos. *¿Ahora, Fieles, quizá no fueran tantos nuestros engaños, si tan à todas veces no creyeramos à nuestros ojos. Estos nos informan muchas veces la verdad, no lo niego; pero quantas nos introducen el engaño? Quantas equivocados, & con la distancia, ó con la luz, ó con la apariencia le fingen al alma colores? Y quantas tambien, viciados, &*

con la passion, & con el afecto tiñen de su color las cosas, y dexan en el que es tan mal mirado la culpa, y en el mal visto la deshonra? No veis, no veis en el cuello de aquella paloma, qué colores tan varios, qué tornafoles tan vivos, yá azul, yá morado, yá oro? Lo veis, lo veis? Pues todo eso es engaño: llegad mas de cerca, y vereis, que no hay color alguno de todos esos, que se os representan tan varios. Así se engañan los ojos; y con ellos, qué de veces la intencion! Aquella, que porque la veis galana os parece que busca la ofensa, advertid, advertid, que puede ser que sea una paloma. Mira aquella vara metida en el agua; ¿hay tal? ¿qué torcida está? Toda ella está doblada. Pues no son sino vuestros ojos los torcidos, y que os engañan. *¿Cómo puede ser, si la estoy yo viendo? Torcida está, no hay duda. ¿Así? Pues sacadla: ¿veis como está derecha? Así se engañan los ojos? Sí; pues quedad tambien para la intencion advertido, que aquella vara, que tantas veces, por metida en las aguas, os parece que no está muy recta, quizá no es sino vuestra intencion la torcida. El Sol, el Sol, à quien deben los ojos la mitad de su vista; levantad, levantad: ¿cómo lo mirais? ¿Cómo? Allí se está parado sin moverse de un lugar. ¿Sin moverse? Ah, ojos ingratos! Pues mientras lo haveis estado mirando, ha corrido ese Sol millares de leguas. Así, aun con las mismas luces se engañan los ojos: mirad, si con eso no se engañará la intencion, quando juzgais parado, y ocioso al que quizá cumpliendo con sus obligaciones, no cesa en sus fatigas. Y yá sí con los mismos ojos estamos viendo cómo se engañan nuestros ojos, poco es cerrarlos del todo à nuestra Fé, para creer sus verdades; sino que éstas las hemos de creer mas que si las viesemos: porque si viendolas podian nuestros ojos padecer algun engaño, creyendolas por la Fé, es imposible, que ni el mas leve engaño tenga su certidumbre.*

En la Capilla Real de el Palacio de San Luis Rey de Francia, para confundir à los Hereges de aquellos tiempos, apareció nuestra Vida Christo en una Hostia consagrada, patente à los ojos del cuerpo, en forma de un bellissimo Niño. Estuvo así largo tiempo dexandose vér de quantos querian. Acuden corriendo à San Luis, Señor, Señor, venga V. Magestad à vér un gran prodigio, que en la Hostia está patente nuestro Dios en forma de un Niño hermosísimo. *¿Y qué pensais que respondió el Santo à esta nueva? Vaya à mirar à Christo en esa Hostia, quien duda si está allí quando sacramentado, que yo para mí estoy mucho mas cierto, porque me lo dice la Iglesia, que lo estaré si lo viera con mis ojos, y ni verlo quisiera, ni moverse. ¡Oh, heroyca fé de un Santo Rey!* Mas todavia, sin que el amor de hijo me engañe, pienso, que aún fue mas sublime la de mi Padre San Ignacio. Repetidas veces decía, que aunque no huviera quedado en el mundo, ni una letra sola de todas las Divinas Escrituras, aunque faltaran en lo escrito todas las verdades, que Dios reveló en todas las Divinas Letras; él estaría pronto, y firme, no solo en creer todas las verdades de